

La explicación talasográfica del progreso y de la innovación científica

Óscar González

INTRODUCCIÓN

Existe una tendencia general a considerar la historia como algo que se desenvuelve principalmente en el tiempo. Según esa creencia, sería en el curso de ese devenir donde los hombres, una vez organizado el tiempo por tramos, secuencias y periodos, encontrarían accesible el sentido de los acontecimientos más relevantes que explican la evolución de sus identidades y la razón de sus logros. Esa perspectiva que cree en el devenir histórico como algo principalmente temporal también reconoce, aunque sea de manera intuitiva, que ese devenir está indisolublemente unido al espacio. Esa experiencia es propia del sentido común y es real en la medida en que a través de ella pueden rastrearse, y en ocasiones percibirse con gran intensidad, los lugares en que esos acontecimientos tomaron cuerpo y que hoy constituyen testimonios de esas relaciones entre espacio y tiempo.

La filosofía, por su parte, con sus tradicionales especulaciones sobre la historia contribuyó a alimentar ese «tópico» de que la historia transcurre de forma unidimensional al primar con sus abstracciones la dimensión temporal (historicismo), en detrimento de una lectura espacial que la envolviera. Poco a poco y a partir de la segunda mitad del siglo pasado, el desarrollo de las ciencias humanas (sociología, geografía, economía, etc.), y por supuesto de la propia historia, recondujeron esa cuestión haciendo valer el papel determinante e indisoluble de la dimensión espacial en el transcurrir temporal.

Además, el mundo cada vez más globalizado como el que vivimos impone una perspectiva mundial de la historia (*World History*) que resulta necesaria para comprender ese proceso (cf. Hopkins, 2002). Nunca como hasta ahora la historia entendida como un tratamiento de estructuras abstractas ha dejado de ser relevante, y ello ha contribuido de manera importante a esa toma de conciencia según la cual en el *espacio leemos el tiempo*.

